

AZAHARES PARA LA SABROSONA. (El recuento de un vecino)

"Les aseguro que los que cobran impuesto para Roma y las prostitutas entrarán antes que ustedes en el Reino de los Cielos."
(Mat. 21,31b)

*Paso las horas de mi vida muerta
esperando a una amada que no llega.
¿Habrá muerto ya la muerte?
¿Alguien la mantendrá aún atada?
¿Y que yo, esperanza fallida, no lo sepa?*
(17 de julio de 1993)

Todos en el barrio la conocimos como "la Sabrosona". Hubo algunos que nunca supieron que se llamaba Caridad. Bella, lo que se dice "bella", no lo era, pero a su paso había que mirarla; detenía el tráfico con su melena amplia, negra y rebelde, la mirada en giro, los labios entreabiertos en una sonrisa siempre equívoca -¿insinuante?- y aquel andar de tigresa en celo y siempre al acecho. Desde su juventud en flor había vivido en aquel piso pequeño, con balcón amplio sobre la calle, transitada por ciudadanos de diversa edad y pinta, en aquella zona muy popular...pero que muy popular! Las casonas espléndidas de antaño son ahora casas de vecindad...¿Qué casas de vecindad: solares de mala muerte; oscuros, roñosos, semiderruidos y con muy poca agua -y menos limpieza- en unos baños comunes para el hormiguero que los habita!

Nadie sabía quien era ni de qué vivía Caridad, la Sabrosona.

Se decía que era bailarina en un cabaret o night-club de tercera, pero verla, lo que se dice "verla", nadie del barrio la había visto en semejante centro de trabajo. Los solariegos de la zona no frecuentábamos esos lugares. Eramos gente de bar y de parque, no de cabaret o night-club. Quizás fuera cierto eso del baile o quizás todo fuera parte de la mitología popular que la envolvía. Lo cierto sin discusión eran su andar provocador, su cuerpazo apetecible y sus baijes - en bikini- en la sala de su apartamento, con las puertas y ventanas del balcón bien abiertas, a toda visibilidad y con cualquier música; bastaba que ésta fuese lo suficientemente voluminosa como para que en cincuenta metros a la redonda todos supiéramos que la sesión del día comenzaba. No había hora fija. El baile podía iniciarse en cualquier momento entre las ocho de la mañana y las seis de tarde. Por las noches, si la Sabrosona no salía, era porque la Sabrosona recibía visitas y las aberturas del balcón permanecían cerradas.

Nadie conocía tampoco su historia personal. Corrían rumores de que era hija de un marinero español que preñó a su madre, una mulata sandunguera (¿De casta le viene al galgo y de tal palo, tal astilla!). La Sabrosona salió adelantada: los genes españoles blanquearon la sandunga, pero de que había mulatería en ella, no nos cabe la menor duda: el pelo electrizado, los labios carnosos y la nariz amplia la delataban. Amen de la salsa y la temperatura. Se decía que nunca conoció al padre español; que la madre había muerto joven (otro hombre la cosió a puñaladas por un problema de celos y de reyerta entre hombres) y que la había criado una vieja solterona, amiga de su madre, a quien



Caridad cuidó después, con gratitud, hasta su muerte. Ocurrida ésta, habría empezado la carrera capitalina de la Sabrosoña.

¿Tuvo algún marido fijo Caridad? No se le conocía. En esa casa entraban hombres y nunca se sabía a qué hora se iban, pues también era cierto que, por la mañana, cuando la despampanante mujer abría puertas y ventanas, regaba los tiestos de flores, sacaba al sol las jaulas de periquitos y de canarios, limpiaba la casa y salía a hacer las compras del día, ya en el piso no había nadie más que ella.

Caminaba por las calles adoquinadas envuelta en pantalones y pull-overs inverosímilmente ajustados. Todos los que la veíamos pasar -es decir, todos los y las habitantes del barrio- esperábamos el día en el que las carnes abundantes, curvilíneas (barrocas y sensuales, como la ciudad que había adoptado), acabarían por hacer saltar las costuras. Más de uno ansiaba el momento de poder contemplarla en ese instante, ausente ya la protección breve de las bikinis usadas durante las diarias sesiones semipúblicas de baile casero.

*en esta Ciudad
o conglomerado
de aldeas,
todo se sabe;
nada puede
permanecer oculto,
ni lo bueno,
ni lo malo.*

Caridad la Sabrosoña era, sin embargo, paradójica o contradictoria. ¿Cómo conjugar su talento, sus danzas y las misteriosas visitas masculinas con su presencia frecuente en las iglesias de la zona? Las visitaba todas y tenía buenas relaciones con los sacerdotes. Para ir al templo sabía usar la ropa apropiada: vestía entonces como la más devota "Hija de María" o "Terciaria Franciscana". Bordaba primorosamente y regalaba manteles de altar a las iglesias del barrio. El rostro se le iluminaba cuando alguien comentaba la belleza de un mantel nuevo que, de repente, aparecía en una fiesta patronal (no se

perdía una). Intercambiaba entonces miradas inteligentes con los sacerdotes y los sacristanes que conocían el origen de la pieza admirada (nosotros, los vecinos, lo hemos sabido después). Encargaba Misas por "intenciones particulares" o "acción de gracias a la Virgen de la Caridad del Cobre". Además, poco a poco se fue sabiendo -en esta Ciudad o conglomerado de aldeas, todo se sabe; nada puede permanecer oculto, ni lo bueno, ni lo malo- que la Sabrosoña se ocupaba personalmente de más de una decena de ancianitos y ancianitas, solitarios y pobres: los bañaba, limpiaba sus casas, les cocinaba, les hacía los mandados, los llevaba al médico o, sencillamente, los visitaba y conversaba largos ratos un día con uno y otro día con otro.

Con ese ritmo y ese halo fueron corriendo los años y la Sabrosoña llegó a ser un elemento insustituible en el paisaje tan especial de aquella parte de la Ciudad, la nuestra. Un buen día, los vecinos empezamos a comentar que ya no había sesiones de baile en la sala de la Sabrosoña. ¿Cuándo cesaron? Nadie lo recordaba con exactitud. Simplemente, un día nos dimos cuenta de que Caridad ya no bailaba. Otro día, en la cola de la bodega alguien hizo la observación mientras ella pasaba por la acera de enfrente: "Caballeros, ¿se han fijado que desmejorada está Caridad? Los años le han caído encima todos juntos... Verdad es que la edad no perdona a nadie". ¿Cuándo empezaron el adelgazamiento, las arrugas, el color extraño -como el del papel del cartucho- y los pasos más lentos, sin sacar chispas del asfalto y de los adoquines? ¿Cuándo se esfumó el contorno de las caderas salomónicas? Tampoco se podía fijar una fecha exacta, pero lo cierto era que el físico de la otrora Sabrosoña, ya no era tan sabrosón; ya se había convertido en una guayabita criolla, pasada de tiempo, en la que los gusanos empiezan a buscar morada... y la encuentran.

Caridad desapareció durante varias semanas. Nadie sabía. ¡Siempre el silencio y el misterio en torno a su vida! Cuando regresó al barrio, los curas y los sacristanes sí supieron (¡siempre saben estas cosas!): Caridad estaba siendo devorada, literalmente devorada, por un cáncer galopante en el vientre. Ya no sólo iba a las iglesias; ahora frecuentaba los sacramentos, es decir, confesaba y comulgaba, pero la atención a los viejecitos y los manteles bordados se fueron apagando con ella, como se habían apagado los bailes, el contoneo y las visitas innominadas de los hombres desconocidos. Poco a poco, sus salidas se fueron haciendo menos frecuentes y llegó el momento en el que sus amigas de las iglesias vecinas comenzaron a atenderla en su casa, ahora muy tranquila. Eran estas amigas las que sacaban los pajaritos al sol y regaban los tiestos de flores, pero la casa se fue convirtiendo en una realidad penumbrosa, de susurros, casi silente. Dicen que cuando el malestar se lo permitía, leía la Biblia y rezaba el rosario. ¡Caridad aferrada a la Biblia y al Rosario! Cuentan también que, durante los últimos días de su vida, cayó en un mutismo consciente. Ya para entonces era una guayabita reseca y consumida, casi una pasa, en la que sólo brillaban sus ojos negríssimos. ¿Hacia dónde miraban? Todos coinciden en que se dirigían hacia algún punto más allá de las personas y de las cosas... Un día se apagó su presencia entre nosotros para encenderse, sin dudas, en ese punto azul, trascendente, hacia el que, probablemente, sus ojos miraron siempre, aunque no nos habíamos dado cuenta hasta el instante final, porque los ojos nuestros, excesivamente golosos, detenían su flechazo en el corpazo de la "diosa" caribeña, en su corteza más externa. Nunca antes llegamos a la médula, ni a la semilla, ni -;mucho menos!- percibimos el perfume de la flor.